

Editorial

Un poco de historia médica

Manuel Quijano

Se me invitó recientemente a escribir el capítulo de Cirugía en una Enciclopedia que tratará sólo lo referente a lo ocurrido o repercutido importantemente en México. Con seguridad será sumamente útil y beneficiosa de consultar pues en las muy conocidas como la británica y la Espasa Calpe nos ignoran o con perezosa condescendencia informan en dos líneas de lo que en la actualidad se está considerando patrimonio cultural de la humanidad. Para cumplir mi encargo, creí en un principio que debía estudiar detalladamente los libros de Germán Somolinos y Francisco Fernández del Castillo así como la abundante producción del grupo que capitanea Carlos Viesca, cuya dedicación y resultados son admirables; una doctora muy estudiosa ha publicado recientemente varios libros sobre los cirujanos novohispanos, pero pensándolo bien, decidí empezar en el siglo XIX.

En Nueva España, al fin y al cabo una sociedad satélite, no hubo creaciones originales, revolucionarias, ni atrevidos conquistadores como los del XVI, aunque sí una gran poesía colonial, arte barroco que levanta y decora iglesias, leyes de Indias, cronistas e historiadores que reflejan una sociedad equilibrada en que inclusive las razas y las castas (hasta los esclavos) tienen su lugar. Los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses y destruidas sus ciudades, se sienten parte del todo gracias a la cruzada cristianizante de los frailes del XVI: la fe católica los incorpora e inclusive les permite participar en la construcción de conventos y pintar en sus muros. Claro que la adhesión de los indios es pasiva, pero como la filosofía social es decadente y petrificada, casi sin que se perciba, logran que perduren algunas costumbres, ideas, modos culturales y artísticos que prepararán las conciencias para la independencia y sobrevivirán hasta hoy en día. La sociedad era tan cerrada y repelente a los cambios y al futuro que la pobre Sor Juana tuvo que callarse, regalar sus libros y abdicar.

Los historiadores de la Medicina Mexicana poseen una enorme cualidad: la salud mental que los vuelve optimistas, sonrientes y de juicio benévolos. Hablan con entusiasmo de las prácticas curativas de las enfermedades y de toda clase de achaques que hacían los indígenas de Mesoamérica, así como de la forma de actuar de los médicos hispanos que se llegaban de la península en el XVI, de sus estudios de herboristería y de los cirujanos que componían huesos dislocados,

cubrían heridas, sacaban muelas y cortaban la barba de los caballeros elegantes y ricos. Pero repito no hubo aportaciones novedosas y sólo Sor Juana y Sigüenza y Góngora en el XVII realizaron una obra cultural original, esa sí, de primera calidad.

Y sin embargo, se estaba en el Renacimiento, es decir, presenciando una transformación radical de la sociedad y la cultura que merece la pena de extenderse un poco sobre él, ya que, si de algún modo, propició el desarrollo del capitalismo europeo con sus secuelas algunas buenas y otras inconvenientes, representó al mismo tiempo, el abandono del concepto de vida dogmático, especulativo e ideológico medieval; esto dicho sin subestimar las manifestaciones grandiosas del arte de esa época como las catedrales góticas, los monasterios románicos, los mosaicos bizantinos y la poesía de Petrarca o el Mio Cid para los de habla hispana, o los relatos del Decamerón y los cuentos de Canterbury. El renacimiento, además, como es sabido, representó el retorno a valores éticos y estéticos de la antigüedad y una nueva cosmovisión con Copérnico, así como el antropocentrismo y la adopción del método racional en la filosofía, y permitió una amplia capacidad de movilidad social y cierta superación de la discriminación de los plebeyos por la aristocracia. A todo ello ayudó el aumento demográfico y la proliferación del comercio. Y durante esa época maravillosa, nació nuestro país.

Durante el Renacimiento el individuo obtuvo autonomía e independencia como ser pensante, al liberarse de los férreos condicionamientos sociales, genéticos y geográficos y se desmitificaron muchas concepciones. Como es conocido, el arte pictórico, escultórico y la arquitectura produjo numerosísimas obras que todavía se considera ocupan la supremacía de la expresión artística. Por otro lado, se dio una restauración del laicismo en varios campos como el de la medicina, que había sido logrado siglos atrás por el propio Hipócrates, pero se había desvanecido. El espíritu científico poco después, ya en el siglo XVII adoptó la duda metódica y la comprobación experimental con Descartes y Harvey, como instrumentos para su quehacer y adelanto de los conocimientos. Nace con el Renacimiento un nuevo humanismo al restituir la posición clásica greco-romana, un concepto holista del arte y de la vida, aunque también se afianza el poder temporal, con la iglesia y la religión por

una parte, al grado que se da lugar para que se instale el absolutismo.

No obstante, lo que queda como fundamental es la estética renacentista con el ideal de la belleza caracterizada por la serenidad, el equilibrio, la espiritualidad y la perfección anatómica en sus representaciones. Lo grandioso de la época, aunque como se sugiere en el párrafo anterior, caracteriza a la sociedad toda, se debe más a personalidades aisladas, creadoras e inventivas.

En el siglo XVII se inicia un declinamiento cultural, político y social en que los estados europeos guerrenan unos contra otros casi constantemente pues los tratados «de paz» duran poco tiempo, se traicionan, las economías se debilitan y, por si faltara poco, hay epidemias de peste, emigración a América y todo se quiere arreglar con matrimonios entre herederos de tronos para hacer «pactos de no agresión». En España, sobre todo, terminado el siglo de oro de la literatura, muertos los grandes reyes, gobernados por regentes, caen finalmente en manos de Carlos II, el Hechizado, y su arte barroco (de segunda, comparado con el mexicano) les impide aceptar más tarde las ideas racionalistas del XVIII.

Esta larga digresión se coló a propósito de la decisión de escribir de la cirugía en México, que inicié a mediados del XIX, porque en ese momento se produjeron dos descubrimientos fundamentales para el desarrollo de la ciencia-técnica: la anestesia que terminaba con el serio problema del dolor, y los trabajos de Pasteur que lo llevaron a establecer la teoría de los gérmenes. Con ella no sólo se conoció la causa de lo que se llamaba la podredumbre de los hospitales (que despedían un olor nauseabundo) y que llevaba la mortalidad postoperatoria casi el 90%, sino asimismo la etiología de las enfermedades infecto-contagiosas, para prevenir o tratar, las cuales no existían sino las cuarentenas impuestas a las embarcaciones que llegaban de oriente.

En la cirugía no diré que hubo en nuestro país innovaciones o contribuciones muy importantes, pero sí es digno de mencionarse que, al igual que en algunas ciudades importantes de Europa, se presenciaron discusiones fogosas y vehementes respecto a los microorganismos en las sociedades médicas, principalmente en la Academia de Medicina y las actas, conservadas en la Gaceta, muestran cómo los médicos estaban al tanto de la bibliografía reciente e inclusive ha-

cían estudios originales con animales de experimentación y se discutían las técnicas empleadas y los resultados. Como ejemplo se puede mencionar un debate entre Carmona y Valle y el Dr. Ignacio Alvarado sobre experimentos realizados por uno de ellos en el cólera de las gallinas, en que mencionan a Pasteur y a Roux constantemente. Y hay otras evidencias: por ejemplo Lavista en 1873 afirma que probó el método de Lister en una operación de rodilla con magnífico resultado; en julio de 1879 se extracta el artículo de Pasteur (apenas meses después de leída su memoria en París) sobre la teoría de los gérmenes; ese mismo año se realiza la primera histerectomía abdominal entre seis cirujanos connotados de la ciudad y se menciona que uno de ellos se ocupaba de que el sistema de Lister funcionara correctamente; poco tiempo después, empiezan a aparecer reportes de casos aislados (como prostatectomías y otras intervenciones) que atestiguan el adelanto y la audacia de los cirujanos mexicanos.

Es pues motivo de orgullo que los médicos desearan pertenecer a la vanguardia del desarrollo. Si la anestesia fue aceptada de inmediato, al grado que cuatro años después del primer intento, la reina Victoria aceptó que le dieran éter para un parto, la asepsia se fue incorporando a la práctica diaria con lentitud inclusive en Francia y Alemania. Desde 1863 Pasteur en una memoria ante la Academia de Ciencias dice: «...mis investigaciones sobre la fermentación me han conducido al estudio de la putrefacción por su posible parentesco con las enfermedades que los antiguos llamaban pútridas, sin preocuparme el peligro o la repugnancia que inspira». Las discusiones, sin embargo, entre gente distinguida eran interminables y apasionadas; pero el sabio insistía en que una gota de sangre de una persona con ántrax, sembrada en un medio de cultivo apropiado y pasado diez veces a nuevos cultivos todavía contenía la bacteridía car-bonosa que, inyectada a un animal, le provocaba el mal.

Por ello es digno de recordarse que aquí hay informes halagadores desde muy temprano en la Gaceta Médica de México que revelan que, en un país donde hasta las modas literarias y de vestimenta llegaban con cincuenta años de retraso, los médicos se mantenían al día de las publicaciones importantes y se discutía la Teoría de los Gérmenes de Pasteur unos meses después de haber sido formulada.